



‘Los pueblos indígenas de la Amazonía frente a la COVID-19: vulnerabilidad y resiliencia’

2 y 3 de diciembre, 2021, Museo de América, Madrid

PANDEMIA Y TERRITORIO DE MUERTE: LOS OBITUARIOS DE LAS VÍCTIMAS INDÍGENAS DEL COVID-19

Alfredo Wagner Berno de Almeida

Antropólogo, coordinador del *Projeto Nova Cartografia Social da Amazônia*, profesor de la *Universidade Federal do Amazonas (UFAM)*, *Universidade Estadual do Amazonas (UEA)* y *Universidade Estadual do Maranhão (UEMA)*, e investigador del CNPq.

1.

Agradezco la invitación de la Asociación para el Estudio de la Ecología Humana y del Museo de América para participar en este seminario sobre el impacto de la pandemia del COVID-19 en los pueblos indígenas de América Latina. Esta invitación me honra mucho.

Propuse este título y lo acepté con muchas reservas y ciertos recelos, ya que, para mí, íntimamente, la muerte no debería interesarnos, así como el miedo y la depresión que las pestes y pandemias traen consigo en su seno. Tampoco nos debería movilizar intelectualmente, como dicen los filósofos Michel Foucault y Alain Badiou. Pero si para algo sirven la filosofía y la ecología humana es para alejar de nosotros el "cáliz de las pasiones tristes" y la insensatez del navío de los desesperados, y convidarnos a comprender los efectos sociales de esta pandemia, que es también la invitación que les hago a ustedes.

Ante las dificultades de trabajar con datos estadísticos oficiales fidedignos, me vi obligado a consultar al consorcio de información de los principales órganos de prensa y movimientos indígenas. Solo en Brasil, las víctimas fatales de COVID-19 ya superan los 610.000 muertos, en este inicio de diciembre de 2021, admitiendo el alto número de subregistros (certificados de defunción no registrados como COVID-19). De este total se tiene, según las organizaciones indígenas (APIB, COIAB) más de 1.200 indígenas victimizados y otros tantos

millares de cimarrones y miembros de pueblos y comunidades tradicionales, ribereños, rompecocos babasú, castañeros, sirigueros, gitanos, etc. Son más de 60.000 indígenas contaminados y más de 1.200 muertos.

Estos tiempos pandémicos nos imponen reflexiones críticas, disipando las trágicas ilusiones de un pesimismo, que solo nos deprime y entristece, y nos prepara para una ardua lucha en la que hablamos de la muerte como instrumento de combate por la belleza de la vida, no permitiendo que una visión piadosa de las víctimas y de nosotros mismos dominen nuestras interpretaciones y argumentos.

Sí, aquí me encuentro para hablar de obituarios y discutir los entretelones de esta llamada "obra/trabajo de la muerte", que es una expresión que extraje de Achille Mbembe en su libro titulado Necropolítica.

2.

El primer paso de esta investigación, aquí presentada, consiste en un trabajo de conceptualización del obituario, como instrumento crítico de descripción del "Territorio de la muerte", buscando alcanzar progresivamente, por observaciones sucesivas, la constelación de significados derivados de él a través de la problematización de la noción corriente de los registros necrológicos. La comprensión sociológica de estos significados, que gravitan en torno de un género textual utilitario, publicado como columna diaria en la prensa periódica, que tiene como objetivo informar sobre la muerte de un individuo, proporciona condiciones de posibilidad para un análisis crítico de cómo las múltiples narrativas de la muerte reflejan sobre las concepciones de vida, haciéndolas rehenes de la lógica de los elogios sepulcrales y los rituales fúnebres con su compleja secuencia ceremonial. La extensión de esta comprensión crítica permite que se otorgue al término una forma flexible y abierta, capaz de comportar la extrema variedad de los diferentes géneros textuales especialmente compuestos para las etapas de los rituales fúnebres exequibles bajo los límites impuestos por estos tiempos de pandemia.

Trabajar el concepto aquí consiste en la composición criteriosa de un espeso repertorio de narrativas concernientes a las víctimas fatales del COVID-19, especialmente los indígenas, y en la utilización de técnicas de observación directa relacionadas con las formas de velar a los muertos y sepultar los cuerpos en medio de severas interdicciones, las cuales, por requerimiento médico, exigen un necesario aislamiento de los cuerpos. La norma médica del distanciamiento social incide directamente en las reacciones ante la pérdida, impacta las emociones y acontecimientos que caracterizan los diversos procesos de luto de acuerdo con las diferentes religiones y pueblos. Las etapas de los rituales ya no incluyen actos colectivos, genéricamente clasificados como "aglomeraciones" en

estos tiempos de pandemia. La soledad que rodea a los funerales se convierte en la regla del entierro y redefine las formas de velar a los muertos. Por lo tanto, para los propósitos de esta investigación, se privilegió la diversidad de materiales narrativos que informan públicamente las muertes de pueblos indígenas por COVID-19 entre abril de 2020 y septiembre de 2021. Las informaciones sobre muertes de quilombolas y otros agentes sociales, que integran comunidades tradicionales, fueron accionadas analíticamente para fines de contraste.

Las narrativas aquí seleccionadas son proferidas por los familiares de estas víctimas, ya sea por lazos de sangre o de afinidad, incorporando vecinos y amigos, todos ellos denominados "parientes" y, en la mayoría de los casos, miembros de las mismas asociaciones, los mismos movimientos y de las mismas unidades sociales (comunidades, pueblos, tribus) que las albergan. Estas organizaciones, reforzando los mecanismos de cohesión social en torno a sus propósitos, difunden sus propias narrativas fúnebres. Aparte de estos, existen manifestaciones de una pluralidad de participantes referidos a una extensa red de solidaridad, que incluye investigadores académicos, miembros de diferentes instituciones de apoyo, confesionales o no, y asociaciones voluntarias del tercer sector denominadas "ONG", que propugnan una acción llamada filantrópica. Todos ellos integran el elenco de autores de diferentes géneros textuales, que registran públicamente los fallecimientos y son designados explícitamente con los siguientes términos y expresiones: "notas de pesar", "memorias", "a quien le interesar" o "notas sobre un hombre". Los registros necrológicos, como se pudo comprobar durante esta investigación, también ocurren a través de artículos, entrevistas y cartas. Incorporamos todos estos géneros textuales en el campo de significación del concepto de obituario. También hay un conjunto de agencias de representación (federaciones, asociaciones, coordinaciones, consejos) que elaboraron otros tantos profusos géneros textuales de expresión colectiva, como "Manifiestos", "homenajes fúnebres" y "notas de pesar". El significado de "notas de pesar" atraviesa diferentes agentes y agencias sociales, instituciones oficiales y organizaciones voluntarias no gubernamentales, mostrándose transitivo y externalizando, al mismo tiempo, posiciones institucionales y políticas, todas ellas ancladas en una unidad discursiva encomiástica.

3.

Esta propuesta de obituario se fundamenta, por tanto, en estas narrativas y no se sustenta en datos notariales ni en documentos de la FUNAI (que por cierto habría negado o Registro Administrativo de Nacimiento Indígena, RANI, a Kokamas fallecidos y otros pueblos indígenas que se encuentran en las ciudades), ni en los certificados de fallecimiento, ni en estadísticas oficiales que estarían subnotificadas, ni tampoco en los boletines médicos. Los repertorios se fundamentan en la palabra de los familiares y en la información producida por las organizaciones indígenas. Estos repertorios de narrativas se completan con los "elogios fúnebres", elaborados como oraciones fúnebres o como laudemios en homenaje a una persona o personas que han fallecido recientemente. Al ser

elaborados por organizaciones indígenas y referidos a un grupo de víctimas del COVID-19, conforman las llamadas “listas”, que contienen exclusivamente los nombres de los muertos, en secuencia cronológica y sin ninguna otra información específica.

Estas son difundidas por federaciones (Federación Indígena del Kukami-Kukamiria Pray+iuka Perukariai Kurumpiaka, Cacicazgo General del Pueblo Kokama, Federación de las Organizaciones Indígenas del Río Negro, FOIRN), coordinaciones (Coordinación de Organizaciones Indígenas de la Amazonía Brasileña, COIAB), movimientos y consejos (Movimiento Munduruku Ipereg Ayu y Consejo Indígena de Roraima), que las producen y divulgan.

No detectamos, sin embargo, ninguna publicación sistemática de seguimiento de las ocurrencias de contagio y muerte producidas por ONG o de entidades religiosas. La ausencia de estas última, instituciones que durante siglos realizaron la mediación de los pueblos indígenas con el Estado, en un momento tan trágico y con debates sobre prácticas genocidas, requiere una atención considerable. Aparentemente hay un cambio en los ámbitos de mediación entre los pueblos indígenas, la sociedad y el Estado por cuanto cada vez más se constata un volumen expresivo de acciones autónomas de los movimientos indígenas y, concomitantemente, nuevas estrategias de intervención de la cooperación internacional, de las ONG y de los organismos gubernamentales, cuyas formas de actuación se han vuelto más rápidas, con mayor poder tecnológico de comunicación y también de causar posibles daños. A través de esta dinámica de transformaciones, se intenta instituir nuevas reglas de tutela frente a los pueblos indígenas y otras identidades colectivas emergentes. El campo de la mediación, en consecuencia, se vuelve más complejo y con la perspectiva de alteraciones radicales en la regulación, redefiniendo probablemente las tutelas, que parecen desgastadas y con menor grado de efectividad en sus modalidades de sumisión, todas ellas con una conocida inspiración colonialista. Al asumir públicamente los medios del conocimiento, la responsabilidad de elaborar las series estadísticas trágicas y su difusión en listas, los movimientos, consejos, coordinaciones y federaciones indígenas expresan no solo una posición de autonomía en la gestión del control de los muertos por COVID-19, sino, sobre todo, un reto a las históricas subordinaciones. Como resultado, desde el punto de vista de las organizaciones indígenas, existe una creciente negativa a delegar poderes en agencias y agentes externos.

Las narrativas sobre las víctimas fatales y estas “listas” con las víctimas de COVID-19, correspondientes a una pluralidad de géneros textuales con sus respectivas designaciones, confluyen todas ellas para lo que designamos de obituario. Este campo de significados relacionados con la conceptualización del obituario fue siendo construido en un proceso de discusiones, en el ámbito de la red Nueva Cartografía Social, que tuvo como punto de partida el supuesto de que la muerte no debería interesarnos, sino para alejarnos de nosotros mismos y desde nuestras preocupaciones intelectuales el “cáliz de las pasiones tristes”, como diría Badiou, levantando un panteón al revés, capaz de colocarse

críticamente frente a obituarios anclados en laudemios, encomios e ilusiones biográficas, que pontifican en las “galerías de notables ”y en los rituales de consagración habitualmente registrados en las historias de la ciencia, de la literatura y el pensamiento social brasileño. De tal forma, los obituarios en la principal prensa periódica dedican sus publicaciones a celebridades, figuras “notables” y de reconocimiento amplio y difuso, relegando as referidas a pueblos indígenas, quilombolas/cimarrones u otras categorías de pueblos y comunidades tradicionales.

A partir de esta constatación, en una perspectiva crítica, extendemos el significado de obituario a agentes sociales anónimos, desconocidos o conocidos sólo localmente. Atendemos para las víctimas del COVID-19 con muertes circunscritas a situaciones reales de existencia poco conocidas o ignoradas. El encubrimiento como regla, en relación con tales categorías y respectivas situaciones reales, nos dispone críticamente frente a los medios de repercusión de la muerte y sobre la noción misma de muerte como propósito de investigación:

“Porque yo sostengo que la muerte no debe interesarnos, y la depresión tampoco. Si para algo sirve la filosofía es para alejar de nosotros el cáliz de las pasiones tristes, para enseñarnos que la piedad no es una emoción leal, ni la queja una razón para tener razón, ni la víctima aquello a partir de lo cual debemos pensar.” (Badiou, 2011: 9)

4.

Los obituarios aquí presentados constituyen, por tanto, simultáneamente, un objeto de reflexión y una aproximación crítica del “trabajo de la muerte”, un objeto de investigación y una forma de pensarlo, problematizando al extremo su negatividad. En virtud de esto, el enfoque aquí definido consiste en realizar un análisis concreto de una situación concreta, consonante a una descripción abierta y detallada, que contiene una lectura crítica, sobre las prácticas cotidianas de los rituales funerarios en este período pandémico.

Al focalizar el registro de la muerte en los obituarios como factor de resistencia en la lucha contra la pandemia, efectuamos una ruptura con la visión compasiva de las víctimas y, en un movimiento contrario, privilegiamos las formas vividas y activas de lucha por la vida, iniciadas por los movimientos indígenas que, rechazan pasividades y resignaciones. Esta ruptura se extiende al rechazo del obituario como una narrativa hagiográfica, mostrando que las vidas narradas no forman parte del culto a las divinidades, ni equivalen a una biografía de santo con extremada exaltación de virtudes. ¡No! Los obituarios tampoco consisten en una exaltación del martirologio, como si estuviéramos ante listas de mártires con sus dolores, heridas y sufrimientos por una causa, o de un extenso catálogo de víctimas heroicas de una hagiografía. ¡No! La pandemia estimula una retórica de guerra, pero de ninguna manera significa una guerra santa o un castigo de los dioses, acoplado a pasajes bíblicos referentes a períodos de peste, hambre y

guerra. Así, al recopilar y elaborar obituarios, los investigadores del Projeto Nova Cartografia Social de la Amazonía (PNCSA) procuraron implosionar los duros límites del “territorio de la muerte”, imponiéndoles opciones intrínsecas al acto de vivir y a una pauta de reivindicaciones sobre cómo vivir con dignidad. ¡Sí!

De al menos 1.182 muertes de indígenas por COVID-19 registradas hasta octubre de 2021, según la APIB, seleccionamos 172 entre ellas, recolectando “manifiestos”, cartas, listas y “notas de pesar” ya elaboradas y difundidas o promoviendo contactos con familiares de los muertos a fin de obtener la autorización para producir los obituarios. No incluimos el primer registro de muerte indígena por COVID-19 en Brasil, referente a la muerte de Alvaney Xerixana, de 15 años, del pueblo Yanomami, en el Hospital Geral de Roraima, en Boa Vista, el 9 de abril de 2020.

En al menos dos docenas de casos, contactamos a las familias y solicitamos que escribieran un obituario, u obtuvimos autorización para hacerlo, o incluso tuvimos acceso a mensajes escritos por familiares. En 60 situaciones entramos en contacto con organizaciones indígenas, que confirmaron listas. A través de estas vías de acceso, fue posible disponer de obituarios conteniendo lo que los propios indígenas consideran relevante para hablar sobre las muertes. Ellos se refieren a las siguientes situaciones: Karapaña (João Gâncio y su padre Manuel Paulino), Tikuna (Aldenor, Maria Antonia, Cleubir), Baniwa (Aldevan), Kokama (Cacique Messias, Domingos Savio), Mura (Carlos Nobre da Costa Santos), Arara (Jorge Valera), de las quilombolas. Tia Uia, Maria José y del quilombola Sr. Claro y Pe. José Bráulio. Las dificultades en la elaboración de obituarios fueron mayores entre los Kokama, que residen en las ciudades. Algunas familias se negaron a aceptar una divulgación de la muerte de sus seres queridos como causada por COVID-19, temiendo una posible intensificación del estigma y nociones preconcebidas urdidas contra ellos. Otras familias, por tener frecuentado cultos religiosos durante períodos de interdicción y pandemia, se negaron a informar por temor a que esto pudiera tener implicaciones sobre sus respectivas iglesias y sacerdotes. Otros, temiendo no poder velar a sus muertos, solicitaron que los certificados de defunción no incluyan el COVID-19 como causa de muerte. En el mapeo social realizado por el trabajo de investigación, que dio lugar a estos obituarios, fueron objeto de descripción una cuarta parte de los indígenas muertos, con diversas informaciones aportadas por nietos, hijos, hijas, hermanos y hermanas, así como por investigadores académicos que mantienen o mantenían relaciones de investigación con familias de esas unidades sociales mapeadas. El alcance del mapeo alcanzó 33 pueblos y etnias: Baniwa, Tikuna, Kokama, Tukano, Dessano, Assurini, Karapaña, Arara, Sateré Mawé, Tuyuka, Mura, Macuxi, Wapichana, Munduruku, Kaiapó, Taurepang, Kaingang, Paumari, Wai Wai, Karipuna, Xavante, Borari, Guajajara, Kaxinawá, Apinãwa, Warao, Parintitin, Yawanawá, Puyanawa Krikati, Yawalapiti, Marubo y Ocaina. En el caso de los Marubo, consta que están ubicados en la Tierra Indígena Vale do Javari, región con el registro más alto de pueblos indígenas aislados y de reciente contacto.

Las contribuciones voluntarias de miembros de estos pueblos, dispuestos a registrar los efectos de estas muertes, permitieron relativizar las series estadísticas, tratándose incluso de una de las víctimas, integrante del último pueblo mencionado, Ocaina, localizado en Colombia próximo a la frontera con Brasil, que frecuentaba Tabatinga. Con este procedimiento apuntamos a una dura crítica de los registros que se limitan a números, expresados en gráficos, cuadros y tablas estadísticas con los muertos. Ellos incurren en una compleja personificación de colectivos y a una denominación genérica de "indios", al interpretar la letalidad del COVID-19, a saber: "murieron tantos indios" o "llegaron tantos indios al hospital de campaña". Los obituarios, tal como aquí son valorados, tejerían, por tanto, una crítica a la práctica oficial de contar víctimas del COVID-19, reduciéndolas a números que integran series estadísticas, en un procedimiento que presagia el control de la extensión de las muertes y de los significados que el poder les atribuye. La transformación de las víctimas fatales en sujetos de acción, nombrándolos y ofreciendo informaciones sobre ellos, retira de la muerte la imaginada clasificación de absoluta pasividad, como "seres inanimados sin vida y sin alma", y la trae vívidamente al corazón de los centros de poder. En este lugar social los muertos hablan. Estamos ante un proceso de politización de la muerte. Aquí es donde el obituario se inscribe como una forma de resistencia, que no disocia la vida de la muerte y se coloca en la construcción de la propia existencia colectiva referida a las víctimas, confrontando incisivamente los intentos de reducirlas a un objeto pasivo, inerte y sin forma.

Si estas estadísticas siempre se refieren a números abstractos con cantidades innominadas, acentuando solamente la condición de víctimas, los obituarios, por el contrario, describen con mayor detalle los acontecimientos y utilizan datos concretos de ocurrencias de vívida resistencia como las que subrayan los agentes sociales que mantenían relaciones con la víctima. Como ya hemos subrayado, las críticas al "trabajo de la muerte" convergen directamente para los obituarios, que idealmente se oponen a la descripción de una trayectoria lineal de vida, contenida de forma recurrente en ilusiones biográficas y en textos con intención memorialista, permitiendo una lectura crítica y detenida de las estadísticas fatales.

En una breve retrospectiva, se puede afirmar que, mediante las primeras víctimas del COVID-19 y los criterios cuantitativos adoptados para su registro, fuimos impelidos a pensar en una sección del sitio web Projeto Nova Cartografia Social de la Amazonía, que homenajeara a los indígenas, quilombolas, rompecocos de babaçu, siringueros y otros miembros de pueblos y comunidades tradicionales, que sabíamos serían mantenidos bajo un ocultamiento histórico, ya que fueron colocados al margen de la vida social como ciudadanos de segunda clase sin pleno acceso a los derechos de ciudadanía.

Enfrentamos de inmediato un dilema: ¿cómo homenajear estas víctimas? No focalizamos el obituario como un rosario de "oraciones fúnebres" o como un *locus* de "elogios fúnebres", en un tiempo en que algunas etapas de los ritos funerarios son inexecutable dado los requisitos de aislamiento social o a las normas que orientan para que las aglomeraciones sean evitadas a cualquier

costo. Tratamos de entender el significado de obituario, no como una lista de fallecimientos, de anuncios fúnebres, de “notas de pesar” o como series estadísticas dispuestas en gráficos, tablas y cuadros demostrativos. Lo entendemos como mucho más que un simple registro necrológico publicado por los medios de comunicación, informando la muerte de un individuo en particular. Evitamos aceptar el obituario como un mero anuncio de defunción como los estampados en la prensa diaria.

Con base en estas sucesivas negaciones, se puede decir que el título "Territorio de la Muerte" tal vez sea inexacto, así como los certificados de defunción que, por falta de exámenes apropiados o pruebas para detectar contaminación, mencionan la *causa mortis* -o causa determinante de la muerte de alguien- no al COVID-19, propiamente dicho, sino a una "insuficiencia respiratoria" o "paro cardíaco", a pesar de que los familiares señalen todos los síntomas que lo caracterizan (tos, fiebre, dificultad respiratoria, pérdida del gusto y distinción de aromas). El certificado niega el reconocimiento del mismo modo que se les negó en vida el reconocimiento como ciudadanos plenos o incluso el reconocimiento de derechos elementales. El resultado de esto es el riesgo creciente de un vasto subregistro.

Hay enormes dificultades que superar para vencer los diversos aspectos de este subregistro. Vale reiterar las dificultades impuestas por las iniciativas político-institucionales de clasificar la enfermedad causada por el Coronavirus como “enfermedad de trabajo”. El resultado de esta clasificación inesperada es que si varias pólizas de seguro excluyen las enfermedades ocupacionales, significa decir que el contagio por COVID-19 se convertiría en una exclusión de cobertura por parte de seguros y planes de salud. Los efectos de esta clasificación pueden ser enumerados como uno de los factores de subregistro de casos de víctimas por COVID-19. Los familiares de los enfermos temen perder la cobertura monetaria que brindan las pólizas de seguro y, por ello, se movilizan para que el COVID-19 no sea señalado como causa de muerte. Tal negativa se ha verificado incluso cuando todos los síntomas del COVID-19 se manifiestan en las víctimas fatales. Este rechazo se refleja en las categorías de “bajos ingresos” donde muchas familias imaginan que si registran a sus familiares como víctimas de COVID-19 serán excluidos de los beneficios sociales y estigmatizados en las comunidades locales. Esto se ve facilitado por el hecho de no haber una prueba masiva. Son inmensos, por lo tanto, los riesgos de endosar el subregistro y otras formas de ocultamiento del cuadro de las víctimas de COVID-19, practicadas por un gobierno que minimiza la pandemia y sus efectos.

Se imponen, por lo tanto, algunas preguntas: ¿el obituario, como instrumento de afirmación étnica, en este contexto pandémico, es sinónimo de resistencia a la acción de los poderes, que tiene la prerrogativa de elegir quién debe vivir y quién debe morir? ¿La pandemia como la guerra sería una forma de ejercer el derecho a matar? ¿Cuántos y quiénes fueron los líderes indígenas perdidos para el COVID-19? ¿Quiénes fueron los profesionales de la salud que perdieron la vida? ¿Cuál es la trayectoria de los maestros en las aldeas, cuya actividad fue interrumpida violentamente? ¿Cuáles circunstancias de atendimento agravaron

y llevaron a un final trágico? ¿Cuál es el sentimiento colectivo -ansiedad, inconformidad, dolor, revuelta- por la ausencia de rituales funerarios? ¿Qué acontecimientos de estigmatización de los “contaminados” generaron conflictos dentro de las comunidades? Las respuestas significan describir la organización social, las condiciones sanitarias, inclusive en los dominios de religiosidad dentro de las cuales se mueven las unidades sociales con el propósito de aliviar la “asfixia” a la que están sometidas, como sugiere Mbembe.

El repertorio de indagaciones señala que los obituarios, antes de elogiar, se colocan como una forma de lucha o como una estrategia de resistencia constante como lo fueron los esfuerzos para garantizar el derecho al entierro o la lucha por los entierros que no superen las 48 horas, reivindicando además los servicios funerarios públicos, que han sido comúnmente negados.

La pandemia, con el agravamiento de sus efectos, corre el riesgo de estimular la insania de quienes controlan el poder mediante la manipulación de las prescripciones médicas, que se despliegan en un campo ilimitado o que se está volviendo sin límites, yendo desde los gestos más banales, como pasar la mano en la cara de su propio rostro, tocar los labios con los dedos o incluso colocar los dedos en la nariz o los ojos, hasta la prohibición de contactos directos. La pandemia, en estos términos, corre el riesgo de exacerbar el poder de castigar y dispersar este poder a cualquier lugar social. Una tragedia en la tragedia. ■